

Proceso participativo para
la elaboración del
**Nuevo Plan Pastoral
de la Archidiócesis
de Barcelona**
Instrumento de trabajo



Església Arxidiocesana de Barcelona

ORACIÓN AL ESPÍRITU SANTO

para rezar antes del trabajo de reflexión y diálogo

Ven, Espíritu Santo, a nuestros corazones,
haz que te acojamos con actitud humilde,
como María, la Madre de Jesús, el Señor.

Que nos llegue tu don de *sabiduría*,
para abrirnos a tu luz.

Que entendamos la época en que vivimos,
los signos con los que nos hablas
a nosotros, tu pequeño rebaño,
encarnado en el pueblo que amas,
presente en medio de tantos hermanos.

Preparando el nuevo Plan Pastoral,
te pedimos el don del *entendimiento*,
que ilumine nuestra observación,
dé acierto a nuestras propuestas
y nos serene en cualquier diálogo.

Danos el espíritu de *consejo*,
para que pensemos lo mejor para todos,
desde el compromiso cristiano de cada uno,
desde el que compartimos como Iglesia,
en estos nuevos tiempos de gracia.

Haznos valientes en toda actuación
asiduos y confiados en la oración,
concédenos el don de la *fortaleza*,
que nos mueva a dar testimonio
y a servir con amor a nuestro pueblo.

Que durante el proceso participativo
nos esforcemos para *caminar juntos*,
eliminando aquello que aún nos separa,
trabajar un nuevo estilo de comunicación
que ayude a escucharte y a escucharnos.

¡Espíritu del Señor, acompáñanos!

¡Espíritu del Señor, háblanos!

¡Espíritu del Señor, conviértenos!

Para el encuentro personal con Jesús,
concédenos la alegría del Evangelio.

Carta del Arzobispo de Barcelona a todos los diocesanos

Hacia un nuevo Plan Pastoral Diocesano

«¡Quien tiene oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias!»

El día de la clausura del Año de la Misericordia en nuestra Catedral y al final del acto celebrado en Santa María del Mar el 19 de noviembre del pasado año 2016, le propuse iniciar un trabajo con proyección de futuro: la preparación personal y comunitaria —en la línea de una conversión pastoral y misionera— de un Plan Pastoral que nos ayudara a hacer realidad en nosotros la práctica de la misericordia, como continuación del año jubilar recientemente celebrado.

Nos lo ha dicho el Papa Francisco alentándonos a «poner los medios necesarios para avanzar por el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están» (*Evangelii Gaudium*, 25). Por ello, nos ha hablado con insistencia de una Iglesia «en salida», en la que «todos estamos llamados a esta nueva “salida” misionera. Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar esta llamada: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio» (*Evangelii Gaudium*, 20).

Esta es, pues, la intención de ponernos todos en camino, en actitud de peregrinación, rezando y pensando cómo debemos plantear el futuro y con qué actitudes debemos hacerlo. Por ello, básicamente con la Cuaresma iniciaremos un tiempo de conversión que nos ayude a descubrir lo que dice el Espíritu en nuestra Iglesia de Barcelona sobre cómo se debe vivir el seguimiento de Jesucristo y ser sal, luz y fermento de renovación evangélica en medio de la sociedad. Lo haremos desde las mismas reuniones que tenemos programadas para estos próximos meses a nivel

diocesano (delegados diocesanos, arciprestes, Consejo Presbiteral y el Consejo Pastoral Diocesano) y al nivel de los arcipresbiteros, comunidades parroquiales y otros organismos de Iglesia.

Ya lo dije en el momento de cerrar el Año Jubilar de la Misericordia, pero ahora invito nuevamente los órganos de animación de todas las parroquias, las comunidades religiosas y los institutos seculares, las asociaciones, los movimientos y todas las instituciones educativas y pastorales de nuestra archidiócesis, a participar activamente en este proceso de *conversión pastoral y misionera* que nos preparará para la elaboración y aplicación del nuevo Plan Pastoral Diocesano. Este Plan Pastoral deberá ser nuestra respuesta a la insistente invitación del papa Francisco en llevar a la práctica las orientaciones expuestas en la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*.

Como veréis en la documentación que sigue, pueden ser útiles, en este proceso, el texto completo de la exposición que el P. José M. Rambla, SJ hizo en el encuentro del Consejo Episcopal con el Consejo Presbiteral y el Consejo Pastoral diocesano el día 18 de octubre de 2016, y las consiguientes propuestas para la reflexión y el debate en el seno de cada grupo. También se incluye un resumen de veinte puntos para facilitar su lectura y un cuestionario que ayude a la reflexión, a la oración y al diálogo.

Vamos caminando, preparándonos para ser esta Iglesia «en salida» que el papa Francisco define como «comunidad de discípulos misioneros pioneros, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan» (*Evangelii Gaudium*, 24). Pensamos y hablemos de ello, propongamos caminos y actitudes que nos ayuden a llevarlo a cabo. Trabajemos en ello integrados en aquellos organismos a través de los cuales todos puedan hacer llegar su voz para el bien de todos.

Que María, la madre de Jesús, que acompañó la primera Iglesia en el momento de recibir el Espíritu Santo, nos acompañe a todos nosotros en el camino que nos proponemos de preparación del nuevo Plan Pastoral.

Con mi afecto y bendición,

+Juan José Omella

Arzobispo de Barcelona
Barcelona, 12 de enero de 2017

«¡Quien tiene oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias!»

(Ap 2,7.11.17.29; 3,6.13.22)

INTRODUCCIÓN

1. *Cambio de época.* Es cosa bien sabida y repetida que vivimos un cambio de época, no simplemente un cambio de período, sino un cambio axial, como el que se vivió unos siglos antes de Cristo con personas y hechos como Confucio, los presocráticos, los profetas de Israel, etc. Un cambio en profundidad que marca un cierto viraje cultural. De alguna manera el Vaticano II lo vislumbraba cuando hablaba sobre los cambios profundos y acelerados en que vivíamos hace ahora cincuenta años. Esto nos induce a pensar que debemos vivir una espiritualidad muy radical, de historia de salvación, que aunque no dejando de lado las exigencias inmediatas e ineludibles del presente y el próximo inmediato, debemos estar atentos a las iniciativas inéditas y no programables del Espíritu. Atentos, con los oídos del corazón bien abiertos a «lo que el Espíritu dice a las iglesias», como acaba recomendándonos el último libro del Nuevo Testamento (Ap 2 y 3) y ahora nos lo dice el papa Francisco: «La escucha del Espíritu que nos ayuda a reconocer comunitariamente los signos de los tiempos» (*Evangelii Gaudium*, 14).

2. *Pequeño rebaño.* Por otra parte, tanto la observación de nuestras parroquias, movimientos, comunidades, órdenes religiosas, como la reflexión que desde hace tiempo hacen algunos teólogos (Joseph Ratzinger, Karl Rahner, Carlo M. Martini, Norbert Lohfink¹), nos anuncian que nos encamina-

¹ J. Ratzinger, *El Nuevo Pueblo de Dios. Esquemas para una eclesiología*, Barcelona, Herder, 1972, pp. 366-367.- K. Rahner, *Doctrina conciliar de la Iglesia y realidad*

mos hacia una Iglesia de pequeño rebaño. Aunque teniendo en cuenta los matices que se pueden hacer, no se puede negar que tanto en números absolutos como relativos hemos disminuido mucho y, además, nos encontramos en medio de una sociedad muy plural, como en diáspora. Esta situación, más que ser motivo de desaliento es un reto que nos invita a poner la atención y el esfuerzo a fortalecer lo que es el alma de la Iglesia, yendo a lo esencial, la experiencia de Dios en el Cristo, en el espíritu de las Bienaventuranzas, y así la Iglesia puede ser más significativa en el mundo y la sociedad actuales, siendo sal de la tierra y luz del mundo. Es en este sentido que el Papa también nos habla en el EG (n. 92).

3. «Ahora es el momento oportuno». Finalmente, también quisiera destacar que, sea cual sea el tiempo que vivimos, este es nuestro tiempo y no tenemos otro y éste, precisamente éste, es tiempo de gracia: «Y ahora es el momento oportuno. ¡Ahora es el día de la salvación!» (2 Co 6,2); y es «hoy» y no mañana que se nos exhorta a escuchar la voz del Señor (Sl 95,7). Es pues un tiempo de alegría, porque Dios sigue haciendo su obra en nosotros, en la Iglesia y a través de nosotros y también un tiempo de exigencia porque Dios espera que lo escuchemos, con obras y de verdad.

4. La interpelación del papa Francisco. Como miembros de la Iglesia, y más aún como personas de particulares responsabilidades en ella, tenemos la gracia de contar con una llamada y una orientación muy rica en las palabras del papa Francisco sobre todo en el EG (con los complementos que se encuentran en *la Laudato si*, en *Misericordiae Vultus* y en *la Amonis Laetitia*). Este documento tiene el gran valor de ayudar a «perfilar un determinado estilo evangelizador» para asumirlo «*en cualquier actividad que se realice*» (EG 18). Pero el Papa no quiere reemplazar los episcopados locales «en el discernimiento de todas

futura de la vida cristiana, Escritos de Teología, VI, Madrid, Taurus, 1967, pp. 469-488; *Cambio estructural de la Iglesia*, Madrid, Cristiandad, 1974, pp. 37-43.- C.M. Martini, *Il seme, il lievito e il piccolo gregge*, *Civiltà cattolica*, n. 3565 (1999), pp. 3-14.- N. Lohfink, *El principio bíblico del pequeño número*, *Selecciones de Teología*, 165 (2003), pp. 57-68.

las problemáticas que se plantean en sus territorios» y, por ello, opta por «una saludable ‘descentralización’» (EG 16). Pero, el mismo Papa nos indica cuáles deben ser las «motivaciones para un renovado espíritu misionero» (EG 262-283).

Dadas estas circunstancias, en esta exposición, propondré en primer lugar cuáles son algunas de las actitudes fundamentales para la escucha del Espíritu que habla también hoy en la Iglesia de Barcelona. Después indicaré algunas de las disposiciones personales y comunitarias que propone el Papa para llevar adelante lo que él llama «un renovado espíritu misionero» o ser «evangelizadores con espíritu». Lo haré pensando en los que estamos aquí en esta reunión, pero pensaré también en las personas y parroquias, comunidades, movimientos o grupos a los que se ha de transmitir el espíritu de esta preparación. Sin embargo, es un esfuerzo que a todos nosotros nos pide: pensar cómo hacer llegar a los no presentes hoy aquí las orientaciones para una preparación adecuada a la elaboración del Plan Pastoral y cómo hacerlas operativas.

I. ESCUCHAR LO QUE DICE EL ESPÍRITU...

La sintonía del Espíritu

5. Dios y su Reino nos desbordan. Para escuchar, es decir captar, lo que nos dice el Espíritu hoy y aquí, lo primero que hace falta es poner la sintonía apropiada. El Espíritu quizás lo oímos, pero no lo entendemos. Claro que peor sería ni siquiera oírlo. El Espíritu no es ley, sino gracia y por lo tanto nos pide movernos en el terreno de la gratuidad, del silencio existencial. Dejar la propia tierra como Abraham, dejar nuestros intereses como Moisés, dejarlo todo como los primeros discípulos. Solo hay verdadera experiencia de Dios y del Espíritu, cuando amamos del todo, «con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente» (Lc 10,27). Pero nuestra relación es con un Dios que ama al mundo hasta darle el propio Hijo para salvarlo (cf. Jn 3,16-17) y, por tanto, abandonarse a Dios es dejarse en las manos del que nos llevará a los demás haciéndonos pescadores de hombres. Pensamos, pues, que una planificación pastoral, que debe ser un camino para aco-

ger el amor de Dios a la humanidad, el Reino de Dios, nos pide a todos una actitud primera de despojo personal, de apertura a la iniciativa del amor gratuito de Dios. Y eso, si no queremos caer en una especie de prometeísmo pelagiano, debe ser objeto de una oración humilde, como la de aquel ciego que pidiendo a Jesús la vista se le concedió la libertad total para seguirlo (cf. Mc 10,52). Esta vivencia de despojo en la elaboración de un plan pastoral, en parte, deberá concretarse en la entrega a un trabajo riguroso de estudio y de reflexión, de consulta y de trabajo en equipo, de recurso a teólogos y sociólogos, etc., porque, como decía Santo Tomás², un error sobre el mundo puede repercutir en un error sobre Dios. Con todo, nuestra actitud debe ser la del que sabe que el Reino de Dios trasciende las mediaciones humanas, necesarias, pero no suficientes. Como decía Clemente de Alejandría, Dios es *kósmios Kai hyperkósmios* (*mundano y a la vez supramundano*).

6. La música del Espíritu. El Espíritu que debemos escuchar es, sin embargo, más una música que una letra y, por tanto, no basta con conocer la partitura, la letra del Evangelio, sino en percibir y captar su aire, la inspiración para movernos en un sentido o en otro. Se trata, pues, no de muchos conocimientos, sino de sabiduría o cambio de nuestra sensibilidad espiritual. Esto es lo que la carta a los Hebreos quiere hacer entender a aquella comunidad un poco adormecida, una vez habían pasado los años exultantes después de Pentecostés. El autor les recuerda que se habían convertido en niños necesitados de leche, pero que el alimento de los adultos era «un cambio de sensibilidad», *aisthetéria*, (He 5,14) para distinguir o discernir lo que Dios quiere. Hacer más y más nuestros la mirada de Jesús y los sentimientos del corazón de Jesús.

7. La melodía de la misericordia. Esta sensibilidad evangélica se concreta en la misericordia. Me atrevería a decir, que el clima de este año de la misericordia, que no debe ser una experiencia fugaz, sino que debe informar el futuro individual y

² *Summa contra Gentes*, II, 3.

comunitario de la Iglesia, es aquel corazón nuevo del que habla el profeta y el Espíritu que Dios nos pone en nuestro interior (cf. Ez 36,26-27). Es el corazón que ha experimentado que su vida se encuentra bajo el perdón misericordioso de Dios. Al que, al aceptar su perdón, se le encomienda con un contagio saludable, la forma de ser y de proceder de Dios. Nos convertimos en «compasivos como también vuestro Padre es compasivo» (cf. Lc 6,36). La misericordia no es algo blando e irrelevante, como pensaba Nietzsche y, a menudo, le damos la razón con comportamientos demasiado superficiales de caridad convencional y sin compromiso personal, o bien olvidando la justicia que es el primer paso ineludible de la misericordia. Hace ya más de veinticinco años que Jon Sobrino escribía el artículo «Principio-Misericordia³», en el que inspirándose en el título de Ernst Bloch, el «Principio-Esperanza», mostraba como la misericordia es la razón que impulsó toda la vida y las acciones de Jesús. Más recientemente, Walter Kasper ha escrito que la misericordia es la clave del evangelio y de la vida cristiana⁴. Y, últimamente, el Papa ha dicho que «la misericordia en la Escritura es la palabra clave para indicar la acción de Dios hacia nosotros» (MV 9) y es «la jácena que sostiene la vida de la Iglesia» (MV 10; cf. EG 37). Y, ahora mismo, el señor Arzobispo nos dice que en el Plan Pastoral nos deberá acompañar «la preciosa melodía de la misericordia» (Carta de Convocatoria al Acto Diocesano de clausura del Año de la Misericordia). Es, por tanto, la misericordia lo que debe inspirar un buen Plan Pastoral que quiera ser fiel al estilo, el Espíritu de Jesús.

8. En efecto, el Espíritu de Jesús se manifiesta como misericordia: con los presos y los oprimidos, como Buena Nueva para los pobres y creando solidaridad y reconciliación (cf. Lc 4,16-21). El Papa nos dice:

³ *La Iglesia samaritana y el principio-misericordia*, Sal Terrae 927 (1990), pp. 665-678. Artículo reeditado en el libro: *El principio-misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados*, Santander, Sal Terrae, 1992, pp. 31-45.

⁴ *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Santander, Sal Terrae, 2013.

«No deben quedar dudas ni hacen falta explicaciones que debiliten este mensaje tan claro: Hoy y siempre, ‘los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio’ y la evangelización dirigida gratuitamente a ellos es signo del Reino que Jesús vino a traer. Hay que decir sin rodeos que existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres» (EG 48; cf. 195, 199).

Por ello, la Iglesia deberá esforzarse en ser de verdad una «Iglesia pobre y para los pobres», como lo deseaba Juan XXIII y ahora el papa Francisco (EG 198).

9. Partir siempre de una mirada positiva de simpatía con el mundo. Quisiera, no obstante, destacar que la misericordia es como un segundo movimiento que sigue a la empatía o la compasión, entendida como una manera de compartir los sentimientos de la otra persona⁵. Dios primero se alegró del bien del mundo, «vio que todo lo que había hecho estaba muy bien» (Gn 1,31). Y, por eso, porque ama al mundo, a la gente, con una gran complacencia, sintió el dolor del pueblo oprimido y esclavizado e incitó a Moisés a liberarlo. Quiero, pues, subrayar que nuestra actitud de base debe ser aquella que Juan XXIII, el Vaticano II y finalmente Pablo VI destacaron como nota de la Iglesia actual, una Iglesia que contempla al mundo con simpatía: «Una corriente de afecto y admiración se ha desbordado del Concilio sobre el mundo humano moderno⁶». Si falta esta compasión, o sentimiento elemental de fraternidad, nuestra mi-

⁵ Me parecen muy clarificadoras estas palabras de un artículo reciente (original de 2014) «La compasión es una actitud permanente de Dios, y no una actitud ocasional que surge en determinadas ocasiones. Es un ‘modo de ser’ divino... La compasión humana no surge únicamente allí dónde hay sufrimiento. Es una actitud permanente y habitual, un modo de relacionarnos y encontrarnos los unos con los otros... Compasión es estar al lado del amado (sea cual sea su situación) y ponerse en su lugar» (M. Gelabert Ballester, *Sentido teológico de la compasión*, Selecciones de Teología, 215 (2015), pp. 214-224. La cita en pp. 219-220. En esta perspectiva se pueden leer estas palabras del papa Francisco: «lo que el Espíritu moviliza no es un desbordamiento activista, sino ante todo una atención puesta en el otro ‘considerándolo uno consigo mismo’», citando a Santo Tomás (EG 199).

⁶ Pablo VI, Discurso en la última sesión del Concilio Vaticano II (7 de diciembre de 1965). Cf. MV 4.

sericordia, con pocas raíces, se traducirá en manifestaciones superficiales y no tendrá continuidad. Nuestra mirada debería ser una mirada de simpatía hacia la humanidad, una mirada que no descubre fácilmente enemigos, sino personas a las que se puede ofrecer la Buena Nueva, con hechos y, cuando es el momento, con la Palabra. Recordemos el episodio profético de Francisco, de gran actualidad, cuando visitó al sultán de Egipto (1219): el sultán quedó impresionado por Francisco y él a su vez del mundo musulmán. Se ha escrito que «este hecho no tuvo repercusiones políticas ni militares, pero es uno de los pocos hechos evangélicos de las cruzadas⁷».

- ¿Reconocemos verdaderamente que nuestra vida y la de la Iglesia se sustentan en el amor misericordioso de Dios? ¿Estamos dispuestos a reconocer como individuos, como comunidades y también como Iglesia institucional que somos pecadores, con faltas muy concretas, pero perdonados y amados de Dios? Porque «no depende de que el hombre quiera o se esfuerce, sino de que Dios tenga compasión» (Rm 9,16). Si lo reconocemos de verdad, entonces, nuestra mirada no tendrá ni sombra de la mirada autosatisfecha y condenatoria hacia los demás del fariseo de la parábola (cf. Lc 18,11).
- La lectura meditada y compartida del EG nos debe ayudar a avanzar en el cultivo de esta sintonía del Espíritu. El mismo documento del Papa se interpretaría erróneamente si se tomara sólo como «letra», de la que duele y mata. Por ejemplo, perdernos en la repetición de frases y palabras sin concreciones, hacer materia de polémicas fatigantes e infructuosas, atascarse en ponderaciones de la calidad de los documentos y de los fines señalados, pero permanecer estériles (cf. EG 35); en lugar de asimilar la EG como un espíritu que inspira, que es raíz de crea-

⁷ Francisco de Asís. Escritos. Introducción de Jacint Duran. Traducción de Nolasco de Molar y Joan Giró, capuchinos. Clara de Asís. Escritos. Introducción y traducción de Francesc Gamissans, franciscano. Barcelona, Proa, 1988, p. 21

tividad. Y también como un marco en el que se deben realizar las concreciones necesarias según los lugares y las personas y comunidades. Por lo tanto, hay que insistir en la importancia de la lectura personal y en grupos, bien acompañada de la oración personal del EG.

La disponibilidad

10. No anticiparnos al Espíritu. Nuestra oración, lectura, diálogo son muy necesarios, pero necesitamos un espíritu ligero, dinámico y disponible. Si no, los trabajos, el lugar, los sentimientos y las ideas, paralizarán los pensamientos y propósitos más elevados y compartidos. El Papa nos habla, por ejemplo, de liberarnos de «costumbres propias no directamente ligadas al núcleo del Evangelio, algunas muy arraigadas a lo largo de la historia» que «pueden ser bonitas, pero ahora no prestan el mismo servicio con vistas a la transmisión del Evangelio. No tengamos miedo de revisarlos» (n. 43). De manera semejante, de «normas o preceptos eclesiales que pueden haber sido muy eficaces en otras épocas» (ibid.). Los Hechos de los apóstoles nos narran que Pablo y Timoteo:

«Como el Espíritu Santo no les permitió anunciar el mensaje en la provincia de Asia, atravesaron la región de Frigia y Galacia, y llegaron a la frontera de Misia. Desde allí pensaban entrar en la región de Bitinia, pero el Espíritu de Jesús tampoco se lo permitió. Así que, pasando de largo por Misia, bajaron hasta el puerto de Tróade. Aquí Pablo tuvo de noche una visión: vio a un hombre de la región de Macedonia que, puesto en pie, le rogaba: ‘Pasa a Macedonia y ayúdanos’. Inmediatamente después de haber tenido Pablo aquella visión preparamos el viaje a Macedonia, seguros de que Dios nos estaba llamando para anunciar allí las buenas noticias» (Ac 16,6-10).

Nuestras deliberaciones deben ir acompañadas de intentos, de proyectos y de algunos hechos, pero sin anticiparse nunca

al Espíritu. Un discernimiento, y más si es pastoral, donde hay implicadas muchas personas y realidades, pide experiencia y tiempo. Tiempo para ver, pero tiempo para liberarnos de los condicionamientos que tan a menudo nos bloquean y dañan muchos planes pretendidamente pastorales.

11. Liberarnos de nuestros condicionamientos. El Papa, aquí y allí, siembra reflexiones que nos advierten del peligro de los condicionamientos mencionados. Destaco algunas aunque ampliándolas: la preocupación más por la buena organización que por el deseo de llegar a todos y estar más atrapados por la simple administración que por la misión (EG 25, 31, 63, 95); la inclinación a prohibir o dejarnos llevar por el miedo (EG 33); la preocupación por no «ensuciarnos» más que no la de servir y estar con la gente (EG 49, 270); una fatigante insistencia en los fines alcanzar sin llegar nunca a las concreciones y las mediaciones o bien un exceso de diagnóstico, sin propuestas positivas y aplicables (EG 33, 50); falta de adaptación a las situaciones y a los ritmos de las personas (EG 44, 45); el amor preferencial por los pobres como pura ideología, pero sin concreciones serias (EG 48); desconocimiento del mundo *realmente real* al estar demasiado marcados por un entorno de personas que no sufren la dureza de la pobreza o la exclusión (EG 52); buscar en la evangelización la gloria humana y el bienestar personal (EG 93); ser de los que siempre dicen lo que hay que hacer, pero sin bajar nunca al compromiso personal (EG 96); tendencia a formar grupos y capillitas que dividen (EG 98); convertir la pastoral más en una instrucción moral o doctrinal que en una iniciación en la experiencia de un Dios que nos ofrece su amor misericordioso (EG 165); el clericalismo y la marginación de la mujer de sitios importantes (EG 102-103); una forma de vida retirada e individualista (EG 262); refugiarnos en «hoy es más difícil evangelizar» (EG 262). Y también: «Siempre se ha hecho así», «ya somos muy mayores», «ya lo hemos probado otras veces», etc. O bien, el eclesiocentrismo que impide ser una Iglesia de puertas abiertas y en salida; o bien repetir continuamente que no estamos preparados o que

ya somos demasiado mayores. O aquellas típicas tentaciones de los seguidores de Jesús: pensar no como Dios, sino como nuestro entorno que no es siempre demasiado evangélico, nuestro «lugar social» (maneras de ver y de vivir poco evangélicas que nos influyen y no son evangélicas); o las rivalidades y el «hacer carrera», la ambición de cargos, que hasta el final persiguieron a los discípulos de Jesús (cf. Mc 8,33; Lc 22,24-27); sentirnos como dueños del rebaño (cf. 1 Pe 5,3)...

En resumen, la «mundanidad espiritual» de la que nos habla el Papa actual (nn. 93-97). O caer en la acidia que ha exhumado de la tradición clásica de la Iglesia (Evagrio Póntic y Juan Casiano, sobre todo), y que es de una gran actualidad.

12. Atención a la acidia. Vale la pena detenerse un poco, porque yo diría que, incluso razonablemente, podemos sentirnos fatigados y con poco empuje. Sin ninguna mala voluntad podemos ser como aquellos que parecen «momias de museo», que tienen «cara de cuaresma», con «psicología de tumba» (cf. EG 6, 9, 83). Es verdad que muchos de los que llevamos responsabilidades importantes tenemos ya una cierta edad, es verdad que hemos hecho esfuerzos inmensos para poner al día en la línea del Vaticano II parroquias, comunidades y movimientos. Después para hacer frente al envejecimiento de nuestras parroquias, movimientos, congregaciones y seminarios. Y también para responder a nuevos retos que una sociedad secularizada nos plantea. Quizás sentimos lo mismo que Elías, que le decía a Dios: «¡Basta ya, Señor! ¡Quítame la vida, pues yo no soy mejor que mis padres!» (1 Re 19,4). Este estado de ánimo no es tan nuevo, tan inédito como nos creemos. Recordemos que ya en la mitad del siglo pasado Emmanuel Mounier en su *Enfrentamiento cristiano*⁸ decía que la acidia es una de las enfermedades típicas del cristianismo. Una ac-

⁸ *L'affrontement chrétien*, Paris, Seuil, 1965. Mounier, en esta obra, trata de presentar la cara positiva y liberadora del cristianismo y así responde a la crítica, en buena parte justificada, de Nietzsche que reprocha a los cristianos que parecen personas sin espina dorsal, poco liberadas, por mucho que hablen de liberación

titud resignada, que deriva hacia la tristeza, al desinterés, etc. El filósofo José Antonio Marina nos ha hablado de nuevo de esta idea en su *Pequeño tratado de los grandes vicios*⁹. Una amenaza también de nuestra cultura actual, tendente a la superficialidad, al «no me veo ahí», «no estoy motivado»... No se trata, pues, de hacer esfuerzos espectaculares, voluntaristas y desconocedores de las limitaciones que conlleva la edad y las circunstancias... Sino de ir a la raíz de nuestra vida y ministerio, la fe que actúa por el amor (cf. Ga 5,6). Poner nuestra confianza en el Dios que hace crecer lo que nosotros hemos cultivado; hacer con ilusión y con paciencia lo que nos permiten las fuerzas; no perder el sentido del humor, el humor teologal...

II. CULTIVAR LAS DISPOSICIONES PARA RENOVAR EL IMPULSO MISIONERO

13. Una presuposición: el goce y la fuerza del Evangelio y la evangelización. Para hacer real y no engañosa nuestra reflexión y para disponer mejor a la eficacia de un plan pastoral, hay una serie de orientaciones del Papa Francisco, que las resume fundamentalmente en la introducción y los capítulos 1º y 5º del EG (nn. 1-49; 262-283). Lo que yo expondré es una invitación a la lectura meditada que individualmente y en grupo tenemos que realizar todos nosotros. Quiero evitar invadir el terreno del trabajo muy personal y, por lo tanto, comienzo por sugerir una lectura muy atenta y meditada de los nn. 1-49.

- ¿En qué consiste vivir una Iglesia en salida?
- ¿Cuáles son sus notas más características?
- ¿Qué disposiciones individuales y comunitarias requiere?
- ¿Qué conversiones se nos piden?

Con todo, como proemio que lo engloba todo, quiero remarcar el presupuesto fundamental: *Redescubrir el gozo y la fuerza del Evangelio de la evangelización*. En la introducción

⁹ Madrid, Anagrama, 2011.

y capítulo primero del EG (nn. 1-49), el Papa sugiere algunas de nuestras enfermedades y algunos de los valores y posibilidades del cristianismo actual. La importancia y necesidad de extraer una y otra vez en el mensaje de la Biblia, pero sobre todo en el encuentro personal con Cristo:

«Invito a todos los cristianos, en cualquier lugar y situación en que se encuentren, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por él, de intentarlo cada día sin descanso» (n. 3).

Porque «uno no empieza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (n. 7). Y esta experiencia es fuente de goce, tiene fuerza creativa y es comunicativa. «Jesucristo también puede romper los esquemas en los que pretendemos encerrarlo y nos sorprende con su constante creatividad divina» (n. 11). Así se puede hacer real la Iglesia «en salida» (n. 20) y se podrá disfrutar de «la dulce y confortadora alegría de evangelizar» (n. 10). La lectura meditada de la Palabra de Dios y la renovada ilusión en nuestros servicios pastorales, los que sean, puede ser un camino para ir avanzando en este descubrimiento de la fuerza del Evangelio y de la evangelización.

Evangelizadores con espíritu

Pasamos, pues, ahora a glosar los puntos que el papa Francisco nos propone para nuestra consideración y renovación. Aquí hay que tener presente el principio clásico de que *el primero en la intención es el último en la ejecución*. En efecto, los capítulos segundo, tercero y cuarto del EG se consideran sobre todo, aunque no exclusivamente, las líneas de una evangelización renovada, que es el objeto del documento y, en el quinto, se tratan las disposiciones para hacer eficaz esta hoja de ruta evangelizadora. Estas disposiciones, no obstante, deben preceder a la elaboración del plan de evangelización para

hacerlo de manera verdaderamente evangélica y con eficacia. Consecuentemente, ahora propondré algunas reflexiones sobre este capítulo quinto (EG 262-283) para que nos ayuden en la fase previa a la elaboración del Plan Pastoral Diocesano.

14. *Renovación de la experiencia espiritual evangélica: unión de vida interior y compromiso activo*

Debemos profundizar continuamente aquella espiritualidad que, desde Abraham hasta Jesús de Nazaret, pasando por los profetas, por mujeres como Débora, Judit, Ester, Rut y María de Nazaret, y después Pablo y los primeros padres de la fe, nos han legado. Mujeres y hombres de Dios que eran a la vez mujeres y hombres del mundo, de la gente. «La solución nunca consistirá en escapar de una relación personal y comprometida con Dios que al mismo tiempo nos comprometa con los otros» (EG 91). El dualismo que muy a menudo nos amenaza, tanto en la adversativa u oración o acción, como en la yuxtaposición de oración y acción, debe superarse en la profundidad de nuestra actitud teologal, que nos pide salir de nosotros mismos y vivir desde la mirada de Dios que nos salva y su manera de amar manifestada en Jesús. Porque en la raíz de la evangelización existe una experiencia íntimamente personal como la de los discípulos de Juan Bautista que se encontraron con Jesús y ya no pudieron separarse de él; como la de Simón y sus compañeros que, sin Jesús, ya no sabían dónde ir; como la de Zaqueo que, al cruzar su mirada con la de Jesús, bajó deprisa y contento del árbol e hizo la gran fiesta que cambió su vida; como la de los discípulos de Emaús que, casi sin darse cuenta, caminando con Jesús, vieron como su corazón se inflamaba.

«La Iglesia necesita imperiosamente el pulmón de la oración», pero añade el Papa que «existe el riesgo de que algunos momentos de oración se conviertan en excusa para no entregar la vida a la misión». Y dice que «hay que rechazar la tentación de una espiritualidad escondida e individualista, que poco tiene que ver con las exigencias de la caridad y con la lógica de la Encarnación» (n. 262; cf. 207). Las prácticas de piedad son

necesarias, pero también lo son las actividades pastorales y sus exigencias de preparaciones y reuniones. Lo decisivo es lo que el Papa llama «una vida que se ha transfigurado en la presencia de Dios», o cuando dice que «ninguna motivación será suficiente si no arde en los corazones el fuego del Espíritu» (n. 361). Como nos recuerda en varios lugares el Vaticano II, tanto a presbíteros como a religiosos como a seglares, no es en las prácticas de piedad o en la organización de nuestra vida donde encontraremos la unidad, sino en nutrirnos, como Jesús, de «hacer la voluntad del Padre y realizar su obra» (Jn 3,34)¹⁰. Aquel hombre tan apasionadamente entregado a los demás y tan contemplativo, el Abbé Pierre, decía: «yo soy un hombre de acción, seguramente porque soy un hombre de pasión». Esta espiritualidad, unificada a través de la profundización de la vida teologal, «la fe que actúa por el amor» (Ga 5,6), nos puede llevar a «¡una etapa evangelizadora más fervorosa, alegre, generosa, audaz, llena de amor hasta el fin y de vida contagiosa!» (n. 361). ¡Y vuelvo a recordar que nuestros modelos de espiritualidad son aquellos amigos y amigas de Dios que porque eran de Dios eran muy del mundo y de la humanidad! No seamos nunca de aquellos que retrataba cruelmente Léon Bloy: «hay personas que creen amar a Dios porque no aman a nadie».

- ¿Cómo avanzar en la línea que nos recuerda el papa Francisco? Reflexionemos seriamente estas palabras: «Desde el punto de vista de la evangelización, no sirven ni las propuestas místicas si no van acompañadas de un fuerte compromiso social y misionero, ni los discursos y las praxis sociales o pastorales sin una espiritualidad que transforme el corazón» (EG 262). ¿Cómo buscar, individual y comunitariamente, esta integración espiritual apostólica?
- La promoción de retiros, la práctica regular de la oración, la revisión de vida y el acompañamiento espiritual, bien unidos con algún compromiso social personal o la prác-

¹⁰ *Vida y ministerio de los presbíteros*, n. 14; *Renovación de la Vida Religiosa*, n. 5; *Apostolado del laicado*, n. 4.

tica de las obras de misericordia según las cuatro dimensiones propuestas por Walter Kasper (física o económica, cultural, social, espiritual), pueden ser un camino de revitalización de esta espiritualidad, una mistagogia muy actual.

15. Encuentro personal con el amor de Jesús que nos salva

Ya hemos hablado de la relación con Cristo, pero ahora quisiera insistir, siguiendo lo que nos dice el Papa. Es necesario el «encuentro personal con el amor de Jesús que nos salva» (n. 264). «No se puede perseverar en una evangelización fervorosa si uno no está convencido, por experiencia propia, de que no es lo mismo haber conocido a Jesús que no haberlo conocido» (n. 266). Esto exige de nosotros una lectura continuamente actualizada, bien encarnada y orada del evangelio. Una familiaridad habitual con Cristo, «probar su amistad y su mensaje» (n. 266). Pero, como solo se comprende del todo lo que se practica y se hace vida propia, esta *lectio divina*, esta oración evangélica debe ir continuamente impregnada de los sentimientos de Cristo, de la praxis de actitudes personales y de acciones evangélicas. Sobre todo, de aquella misericordia que movía a Jesús y que consideraba a los pobres como favoritos de su buena nueva. Hace unos pocos años, en un artículo notable, José Antonio Pagola¹¹, recordaba e insistía, que el camino para resolver los problemas de la Iglesia debe ser el de rehacer a fondo nuestra familiaridad con Jesús, nuestra adhesión de todo corazón a él y compartiendo las obras que nacen de su misericordia. En esta renovada relación personal con Jesús, nos podemos encontrar cristianas y cristianos conservadores y progresistas, cristianos de la base y cristianos de la «cúpula». Al final del cuarto evangelio, Jesús repite a Simón Pedro la pregunta «¿me quieres?», y a la respuesta positiva de Pedro, Jesús añade: «Apacienta mis ovejas» (cf. Jn 21,15-17). La evangelización, y por tanto un auténtico plan pastoral, debe tener la raíz en el amor a Jesús, el Pastor principal (cf. 1

¹¹ *Conversión de la Iglesia a Jesús, el Cristo*, Frontera, 51, julio-septiembre, 2009, pp. 13-38.

Pe 5,4), porque el encuentro con Jesús, la familiaridad con él, son siempre centrífugos, nos empujan hacia los demás. «Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús», sin grandes cursos ni instrucciones (EG 120).

- No nos cansamos de promover el estudio del evangelio, la contemplación sencilla de los «misterios» de la vida y pasión, muerte y resurrección de Jesús. Siempre, no obstante, un evangelio y una oración bien contextualizados en el mundo y la sociedad de hoy. Porque seguir a Jesús no es reproducir miméticamente a Jesús, sino prolongar a Jesús, es hacer nuestra historia de hoy como Jesús hizo la de su tiempo. En cualquier caso, debemos dejarnos interpelar y desmarcar por Jesús, que irrumpe en nuestras vidas más allá de nuestros esquemas y proyectos. Así vamos asimilando los sentimientos de Cristo Jesús (cf. Fl 2). Y no olvidemos que los discípulos de Emaús reconocieron a Jesús porque su corazón se calentaba con su compañía.
- Y renovamos nuestra participación muy personal en la Eucaristía. Las eucaristías nos convocan a una comunión íntima y dinámica con Cristo. La celebración incluye, no elimina, la relación personal con Cristo.

16. *El gusto espiritual de ser pueblo*

Jesús se pasó treinta años viviendo «como uno de tantos», un hombre del pueblo. Con su imaginación, un cristiano africano simplificó así la cronología de Jesús: dedicó treinta años a la amistad, tres años a la predicación y tres días a los sacramentos... Si la Iglesia debe ser una Iglesia «en salida», «hacia fuera», Iglesia «experta en humanidad», el pueblo y la gente deben ser una escuela imprescindible para todos nosotros. Todas las personas que estamos aquí tenemos muchos contactos y relaciones con gente de todo tipo. Con todo, el Papa nos empuja a avanzar en este «estar con la gente». Estar con la gente significa estar ahí físicamente tanto como sea posible, pero, sobre todo: captar cómo son los hombres y las mujeres,

qué hacen y por qué lo hacen; escuchar qué nos dicen con palabras o con lenguaje no oral; dialogar en vez de imponer...

Un excelente modelo es aquella María del evangelio que se perdió en el anonimato, pero que guardaba las cosas en el corazón, las elaboraba, se dejaba llevar por la vida y que supo sostener con confianza los interrogantes que la acompañaron desde el anuncio del ángel en Nazaret hasta el pie de la cruz... El papa Francisco nos remite a menudo a esta mujer que, en su pequeñez, siendo como era una mujer de pueblo, acogió la misericordia de Dios que se complació en ella y supo hacerse eco de los pobres y hambrientos como favoritos de Dios.

Se ha dicho a veces que nos falta una cristología de los años escondidos de Nazaret, pero sabemos bastante bien que la escuela básica de Jesús fue la vida de la gente, siempre con el norte y el calor de la intimidad con el Padre. Nosotros experimentamos que a veces «la gente», los que no están tanto con nosotros porque no «practican» mucho o nada, o quizás son algo «adversarios», o quizás «se aprovechan» de los locales de parroquias y asociaciones, o quizás son contestatarios, etc. Quizás nos molestan y nos desentendemos de ellos. Por eso es inspiradora la recomendación de san Benito de que en el consejo se escuchen sobre todo a los jóvenes, que no son los monjes de menos edad sino los que llevan menos tiempo en el monasterio. E incluso debe escucharse a aquel comprador ocasional que nos hace sus comentarios¹². Es bien válido el pensamiento de Antonio Machado de enriquecernos con nuestro «complementario que suele ser tu contrario». En este gusto del pueblo ya se ve que los seglares, hombres y mujeres que son Iglesia como tanto nos gusta repetir, tienen un papel esencial e imprescindible. Con ellos, y no sin ellos, se constituye el pueblo de Dios. Evidentemente, si hemos de ser Iglesia de la gente, los seglares son el gran te-

¹² «Justamente por eso decimos que debemos llamarlos a todos a consejo, porque a menudo el Señor revela al más joven lo que es mejor» (*Regla*, cap. 3:3). Y también: un monje forastero, «si razonablemente, con una caridad humilde, censura o hace ver algo, el abad debe considerarlo con prudencia, por si acaso el Señor lo hubiera enviado precisamente para ello» (*Regla*, cap. 61:4).

soro de nuestras comunidades, los que de verdad viven y ven la condición humana sin atributos. ¿Es cierto que los laicos son Iglesia y no clientes o empleados?

El gusto del pueblo debe ser el gusto del pueblo real, no del pueblo que sin darnos cuenta formamos nosotros o el de nuestro entorno más próximo. ¿Cuál es realmente el pueblo? ¿Cuáles son las mayorías en nuestra Iglesia de Barcelona? ¿Pensamos cuáles y cómo son las mayorías sobre las que nos informan Cáritas y las estadísticas sociológicas más fiables? El número de parados, el número de personas con pensiones insuficientes, el número de personas sin techo, el número y condiciones de muchos inmigrantes y refugiados. Tal vez, en un plan pastoral debería reflejarse la imagen de aquel Jesús que se sentaba a la mesa con los pecadores, los publicanos... Y que con ello manifestaba cuál era su gusto espiritual de ser pueblo y nos revelaba la alegría del Padre. Y ser personas y comunidades «de puertas abiertas», «para los demás»..., aprovechando las ocasiones que se nos ofrezcan y yendo más allá de nuestros muros.

- ¿Qué podríamos hacer para conectar más con la gente que no viene a la iglesia, o que se acercan, pero como meros «consumidores» de nuestros servicios? ¿Podríamos estar más presentes en los lugares donde se mueve la gente del territorio parroquial, o del territorio de sus asociaciones o actividades? ¿Qué acciones pueden hacerse en la parroquia, comunidad, movimiento o asociación, para ser Iglesia «en salida», hacia fuera, o para ir a las «periferias existenciales»?

17. Creer de hecho en la resurrección

Sabemos muy bien que la pastoral, la evangelización, no es una empresa, ni simplemente una organización, ni una macro planificación... El Reino de Dios empieza como un grano de mostaza y es Dios quien lo hace crecer. Pero no solo eso, para que crezca debe pasar por la cruz. Debemos pasar de una concepción meramente mesiánica del cristianismo y de la pastoral, que quizá pone la seguridad en el poder de los medios poderoso-

sos, de las planificaciones sociológicas exhaustivas, y a veces en las luchas intestinas para llevar adelante nuestras ideas o intereses de personas o grupos, a una concepción *cristológica*, que se fundamenta en el seguimiento de Cristo, que debe pasar en un momento u otro por la cruz: la incomprensión, la aparente esterilidad de nuestros esfuerzos, la poca significación pública de la Iglesia, el conformarse con unos medios modestos, etc. La cruz, sin embargo, no es el sufrimiento y la humillación, sino aquel reparto que proviene de la fidelidad a Cristo y a su manera de evangelizar. A nosotros se nos pide que seamos coherentes con la manera de evangelizar de Jesús, no que los resultados numéricos o verificables de nuestras acciones sean satisfactorios. Naturalmente, esto no es una exaltación de la pasividad, de la mediocridad en los servicios, de la pusilanimidad de espíritu, sino una invitación a construir sobre la roca de la Palabra de Jesús, del estilo de Jesús hasta la cruz, la roca que salva. ¡Porque el Resucitado es el Crucificado!

Es desde aquí que nosotros podemos vivir la alegría de la evangelización, que Dios está con nosotros, que en la cruz se encuentra la fuente de la vida, porque también debemos consar: el Crucificado es el Resucitado. Si no nos situamos en este nivel de la fe profunda, nuestras planificaciones pueden ser muy aparentes e incluso crear buena imagen, pero a corto o largo plazo no serán fecundas ni sostendrán la ilusión y generosidad que la pastoral nos pide a todos, seglares, presbíteros y obispos.

Como nos recuerda el Papa, «la resurrección no es cosa del pasado» (n. 276). Por ello, ante la tentación de cansarse, de decaer en nuestra entrega al bien de los demás, debe creerse prácticamente que «el Reino de Dios ya está presente en el mundo, y está desarrollándose aquí y allá de diversas maneras» (n. 278). Todo esto lo podemos vivir si cultivamos la mirada de fe y pensamos en la cantidad de personas, de acciones y de iniciativas que fructifican entre nosotros, aunque este fruto no siempre pueda aparecer en los medios de comunicación. Aquí cerca, en Barcelona y en Cataluña y lejos de nosotros: en acciones propiamente de Iglesia, en la vida indi-

vidual, familiar y profesional, en actividades sociales, sindicales y políticas. ¡Cuánta gente cree de verdad, hace el bien con una mano sin que lo sepa la otra, reza de verdad y con perseverancia, se compromete en mil proyectos solidarios, sabe soportar los diversos sufrimientos de la vida con paciencia y paz que reconforta a quienes los rodean! Y no olvidemos que en una Iglesia que está llena de canas y de cabezas calvas, estas personas siguen siendo un capital de vida cristiana de primera categoría. Para Dios no hay parados ni pensionistas. ¡Cuántas viudas pobres del evangelio lo dan todo!

Y también hay que saber descubrir la obra del Espíritu del Resucitado en personas y lugares al margen de la Iglesia, como Jesús que descubría fe y proximidad del Reino en el centurión, en samaritanos, en algún fariseo, en «publicanos y prostitutas»... Reconocer, pues, la acción del Resucitado más allá de los límites visibles de nuestra Iglesia y, también, a veces colaborar en iniciativas que no salen de nosotros ni de nuestras programaciones.

- Una conclusión, pues: ayudar a crecer a todo lo que ya existe, donde sea, como sea y de quien sea... Promover una mirada de fe en la vida, que nos llene de esperanza activa, superando los desánimos, los «no hay nada que hacer», los «dejarlo correr», etc.
- Y otra llamada a renovar las eucaristías: ¿ayudamos lo suficiente para que sean celebración de la fe y la esperanza? «Anunciamos vuestra muerte, proclamamos vuestra resurrección, esperamos vuestro retorno», ¿de verdad?

18. La fuerza misionera de la intercesión

Hace años escribía Dietrich Bonhoeffer que «una comunidad vive de la intercesión de sus miembros, si no muere»¹³. Este pensamiento no es más que una formulación de lo que

¹³ *Vida en comunidad*, Barcelona, Claret, p. 74. Bonhoeffer precisa más en qué consiste la intercesión: «La intercesión no es otra cosa sino el acto por el que presentamos a Dios a nuestro hermano buscando verlo bajo la cruz de Cristo, como un hombre pobre y pecador que necesita la gracia» (pp. 74-75).

nos narra la historia de salvación: Abraham intercesor del pueblo, Moisés intercesor de los fugados de Egipto, los profetas mediadores entre Dios y el pueblo, Jesús de Nazaret orando en los momentos más trascendentes de su misión... «Si el Señor no construye la casa, los albañiles trabajan en vano»; «Sin mí no podéis nada...». Ahora bien, la intercesión no es una repetición monótona de nombres y de cosas, sino más bien mirar a las personas y las cosas con los ojos de Dios, de Cristo. Es poner a Cristo entre la hermana y el hermano y yo, entre el problema y yo... Cómo debían ser aquellas noches en las que Jesús se retiraba para orar, sobre todo en los momentos decisivos de su «plan pastoral», tales como la elección de los doce, o en la despedida final, o ante el horizonte de la cruz... La intercesión brota de la comunión, y por ello en este tiempo debemos esforzarnos en crecer en comunión, que no quiere decir uniformidad, sino conocimiento de uno y otros, aceptación y confianza, comunicación y conversación... En un artículo sobre las tensiones en la Iglesia, Timothy Radcliffe¹⁴ abogaba por la conversación para hacer caer obstáculos y barreras: entre cristianos de misión y de comunión, conservadores y progresistas, espiritualistas y temporalistas, etc. Ello no quiere decir que debemos claudicar de convicciones personales serias, pero sí podemos aprender a relativizarlas, a colaborar con personas que piensan distinto a nosotros, a completar nuestra visión de las cosas y, sobre todo, a crecer en comunión. Y este crecimiento en la comunión tampoco debe conducir a tomar decisiones pastorales poco definidas y comprometidas, ya que siempre debe llegarse a concreciones que ordinariamente no deben complacer a todo el mundo. En definitiva, si avanzamos en el camino de aquella unidad por la que Cristo oró (cf. Jn 17), nuestra oración será más auténtica y eficaz.

Creo que estas palabras que ahora citaré pueden ser una buena ayuda para centrar el papel de la intercesión en la preparación de un plan pastoral. En 1981 el padre Pedro Arrupe ce-

¹⁴ T. Radcliffe, *Cómo superar la discordia en la Iglesia*, Selecciones de Teología, n. 303-312.

rraba en Bangkok unas jornadas que iniciaban el «Servicio de Refugiados» de los jesuitas, un servicio fruto de la mirada tan profética de Arrupe. Al terminar aquellos días dijo a los jesuitas:

«¡Por favor, sed valientes! Os quiero decir una cosa. No la olvidéis. ¡Rezad, rezad mucho! Estos problemas no se resuelven solo con esfuerzo humano. Os estoy diciendo cosas que quiero subrayar, un mensaje, tal vez *mi canto del cisne* para la Compañía. Hacemos muchas reuniones y encuentros, pero no rezamos lo suficiente. Rezamos al principio y al final. Está bien, somos buenos cristianos. Si en tres días de reuniones dedicáramos medio día a la oración sobre nuestras conclusiones o nuestros puntos de vista, tendríamos luces tan diferentes y tan diferentes síntesis —a pesar de nuestros diversos puntos de vista— que no podríamos encontrar nunca en los libros y las discusiones»¹⁵.

Arrupe, al llegar el día siguiente al aeropuerto de Fiumicino, sufrió la trombosis que lo dejó incapacitado para ejercer su cargo de Superior General. ¡Ciertamente, nos dejó un impresionante *canto del cisne*!

- Este tiempo preparatorio no debería ser un compás de espera, sino tiempo de *praxis evangélica* y de *escucha del Espíritu*, fomentando la comunión y el diálogo dentro de parroquias, comunidades y movimientos. Y, consecuentemente, sería muy provechoso que los diferentes consejos recogieran de los miembros de sus grupos (parroquias, movimientos, comunidades, etc.), como fruto de una actitud de conversión, unos primeros sentimientos y vivencias y también primeras propuestas o proyectos que comiencen a enriquecer el material para un discernimiento pastoral posterior.

¹⁵ J. A. García, ed., *Orar con el Padre Arrupe*, Bilbao, Mensajero, p. 13.

CONCLUSIÓN: GOCE Y FERVOR

Entre las muchas palabras que identifican el estilo espiritual y pastoral del Papa actual, quisiera destacar, por último, estas dos: Goce y Fervor.

19. El goce, la alegría, que ya da título al mismo documento EG, no es un sentimiento superficial, ni que aparece solo. Es algo profundo, es el test de una vida evangélica, la que Jesús nos señala cuando nos dice que «os hablo así para que os alegréis conmigo y vuestra alegría sea completa» (Jn 15, 11); una alegría «que nadie os podrá quitar» (Jn 16,22). El notable exegeta Josef Blank¹⁶, comentando estas palabras del cuarto evangelio, nos recuerda que la alegría es una asignatura pendiente de nuestro cristianismo y es el mejor ofrecimiento que podemos hacer a nuestro mundo. Porque la alegría que brota del Evangelio es generadora de libertad y de amistad, esta actitud eclesial que Pablo VI decía que era el fruto del Vaticano II, una nueva manera de situarnos en el mundo, una mirada benigna y positiva a nuestra sociedad, la convicción de que tenemos una Buena Nueva para comunicar.

20. Y el fervor que el papa Francisco nos recuerda a menudo en el EG (nn. 10, 78, 84, 85, 95, 107, 262), es la fuente de la verdadera alegría. Ciertamente, la palabra «fervor» tiene unas resonancias pietistas y quizás pueriles poco simpáticas para muchos, pero como ha dicho un filósofo actual, el fervor debe recuperarse de nuestras librerías¹⁷. Pensamos que fervor tiene que ver con calor, con hervir. El fervor es el amor que desborda en generosidad. Lo recomendaba Pablo a los estimados Filipenses: «que aumente más y más vuestro amor, hasta rebosar» (Flp 1,8). El verbo *perisséuein* que emplea el apóstol, y que se repite igualmente con sus derivados, signi-

¹⁶ J. Blank, *El evangelio según san Juan*. Tomo II, cap. 13-17, Barcelona, Herder, p. 158.

¹⁷ «El fervor verdadero no divide, sino que une. Y no conduce al fanatismo ni al fundamentalismo. Tal vez algún día el fervor vuelva a nuestras librerías y a nuestras mentes» (Adam Zagajewski, *En defensa del fervor*, Acantilado, Barcelona, 2005, p. 34).

fica rebosar, desbordar. Más aún, Pablo dice que este fervor, este amor que debe rebosar, es la base del discernimiento: «así podréis discernir» (*dokimádsein*). Y es el discernimiento lo que el Papa actual nos propone ampliamente como herramienta fundamental de la acción pastoral, como lo remachó en el *Amoris Laetitia*, donde el discernimiento es, sobre todo en el capítulo 8.º, como un *ritornello*.

La alegría es, pues, como la flor o fruto del fervor, como la llama que brota de un corazón ardiente y generoso. Ignacio de Loyola, escribiendo a los estudiantes de Coimbra¹⁸ que pensaban que para ser buenos cristianos debían hacer penitencias y cosas estrafalarias, les dice que lo que importa es el fervor, y que el gozo que podemos tener en esta vida no proviene de cosas extravagantes, sino del fervor. Como dice el papa Francisco, «nuestra tristeza infinita solo se cura con un infinito amor» (EG 265).

Pongamos, pues, punto y final. El EG nos viene a decir que un plan pastoral auténtico, por un lado, deberá nacer del gozo de haber encontrado, de haber saboreado una y otra vez, el evangelio del Reino de Dios, que es experiencia de Dios que ama y salva, y por otro lado, debe ser, con la forma de decir y de hacer, una invitación a los cristianos a crecer en este gozo, en el del amor siempre en aumento, de manera que todos seamos sal y luz en nuestra sociedad. Ojalá que en la preparación y después en la elaboración y formulación del Plan Pastoral nos guíe lo que guió a Jesús y podamos decir a personas y comunidades: todo esto os lo hemos dicho para que vuestra alegría, la de Cristo, sea en vosotros una alegría completa. Así responderemos a la llamada del Papa, que nos dice: «Exhorto a todos a aplicar con generosidad y valentía las orientaciones de este documento, sin prohibiciones ni miedos» (EG 33).

REFLEXIÓN SOBRE «LA PREPARACIÓN DEL PLAN PASTORAL DIOCESANO»
18 de octubre de 2016
Josep M. Rambla S.J.

¹⁸ Carta de 7 de mayo de 1547, dentro de: Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales. Escritos complementarios*. Introducción y notas de Josep M. Rambla. Traducción de Ramon M. Torelló y Josep M. Rambla, Barcelona, Proa, 1990, pp. 193-196.

Síntesis de «Quien tiene oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias»

Hacia un nuevo Plan Pastoral Diocesano
(Ap 2,7.11.17.29; 3,6.13.22)

Síntesis de la reflexión sobre «La preparación del Plan Pastoral Diocesano», a cargo de Josep M. Rambla, S.J. preparado con motivo del encuentro conjunto de los consejos diocesanos celebrado el 18 de octubre de 2016 en el Seminario Conciliar de Barcelona.

INTRODUCCIÓN

1. CAMBIO DE ÉPOCA

Vivimos un cambio de época, no simplemente un cambio de período histórico; es un cambio axial, como el que la humanidad vivió unos cuantos siglos antes de Cristo.

Ello nos hace pensar que debemos vivir una espiritualidad muy radical, de historia de la salvación; con los oídos del corazón bien abiertos para escuchar «lo que el Espíritu dice a las iglesias».

El papa Francisco ha escrito: «La escucha del Espíritu nos ayuda a reconocer comunitariamente los signos de los tiempos» (EG 14).

2. PEQUEÑO REBAÑO

La observación de nuestras parroquias, movimientos, comunidades y órdenes religiosos, y también la reflexión de los teólogos, nos indican que avanzamos hacia una Iglesia de ‘pequeños rebaños’.

Es un desafío que nos invita a fijar la atención en lo que es el alma de la Iglesia, y a esforzarse por fortalecerla volviendo a lo esencial: la experiencia de Dios en Cristo, en el espíritu de las Bienaventuranzas..

3. TIEMPO DE GRACIA

Sea como sea el tiempo que vivimos, este es ‘nuestro tiempo’ y no tenemos ningún otro; éste, precisamente éste, es «el tiempo de gracia, la hora favorable» (2Co 6, 2).

Es el ‘hoy’; y hoy se nos exhorta a escuchar la voz del Señor: es, pues, un tiempo de alegría, porque Dios sigue a nuestro lado.

4. EL PAPA FRANCISCO

Como miembros de la Iglesia, tenemos la gracia de contar con la llamada y las orientaciones del papa Francisco, sobre todo en las expresadas en el *Evangelii Gaudium*, que tiene carácter programático (25).

Francisco nos ayuda a «perfilar un determinado *estilo evangelizador*», un «renovado *espíritu misionero*» que conlleva renunciar a criterios y prácticas propios de otras épocas.

El criterio pastoral del ‘siempre lo hemos hecho así’ ya no sirve (33).

I. ESCUCHAR LO QUE DICE EL ESPÍRITU

5. DIOS Y SU REINO NOS DESBORDAN

Urge una planificación pastoral que comporte acoger el amor de Dios a la humanidad, su Reino. Esta opción nos exige una actitud de despojo personal y de apertura total a la iniciativa del amor gratuito de Dios.

Santo Tomás nos lo ha advertido: «Un error sobre el mundo puede repercutir en un error sobre Dios». El Reino de Dios trasciende las mediaciones humanas; estas mediaciones son necesarias, pero no suficientes.

6. LA MÚSICA DEL ESPÍRITU

El Espíritu que debemos escuchar es más una música que una letra; con el conocimiento de la letra del Evangelio no tenemos bastante. Debemos captar el aire, la inspiración y el porqué de todo ello, para poder avanzar en la dirección correcta.

No se trata de adquirir *conocimientos*, sino de aumentar la *sabiduría* y cambiar nuestra sensibilidad espiritual, haciéndola más evangélica.

7. LA MELODÍA DE LA MISERICORDIA

Hoy, y siempre, la sensibilidad evangélica se concreta y manifiesta en la misericordia, hecha vida en la persona de Jesús; Él es el 'rostro' (*Misericordiae Vultus*).

La misericordia no es algo propio y exclusivo de un Año Jubilar; por tanto, no puede ser una experiencia esporádica en la vida de la Iglesia, sino que debe conformarla totalmente. Todas las personas y todas las instituciones debemos ser «misericordiosos como el Padre». Siempre.

8. ADVERTENCIA DEL PAPA FRANCISCO

«No debemos tener dudas ni hacen falta explicaciones que debiliten este mensaje tan claro: Hoy y siempre los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio; la evangelización dirigida gratuitamente a los pobres es signo del Reino que Jesús ha venido a traernos. Hay que decir sin rodeos que existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres» (24).

9. SIMPATÍA CON EL MUNDO

De acuerdo con el Concilio Vaticano II, nuestra mirada debe ser una mirada de *simpatía hacia la humanidad*, una mirada que no nos haga descubrir *enemigos*, sino *personas* que deben recibir la Buena Nueva; antes que nada, con hechos visibles; y, cuando sea oportuno, también con la Palabra.

El conocimiento, la empatía y la compasión deben preceder nuestra acción evangelizadora. Como Jesús nos enseñó a hacerlo.

10. APERTURA A LA REVISIÓN

Francisco nos invita a liberarnos de costumbres y prácticas que son propias de otras épocas y que no derivan del núcleo del Evangelio. Nos duele observar que algunas hayan arraigado a fondo a lo largo de la historia de la Iglesia. Hoy son auténticos obstáculos que nos impiden avanzar.

Algunas de estas costumbres y prácticas «pueden ser muy bonitas, pero ahora ya no nos sirven para la transmisión del Evangelio. No tengamos miedo de revisarlos» (43).

11. NUESTROS CONDICIONAMIENTOS (DEBILIDADES)

El papa Francisco advirtió que debemos estar muy atentos, porque nuestra manera de ser y de actuar a menudo nos condiciona y hasta nos impide avanzar por el camino correcto:

- *el afán por la organización* y la simple *administración*, en detrimento de la *misión* (25);
- *la tendencia a frenar propuestas nuevas* y el *miedo* a equivocarnos (33);
- *la alergia a ensuciarnos las manos* si salimos a la calle y nos acercamos a la gente (49);
- *la obsesión por las finalidades* y los *objetivos*, y la lentitud en llegar a *concreciones* (33);
- *la dificultad de adaptarse* a las necesidades y los ritmos de las personas (44);
- *la ignorancia de la motivación evangélica* del servicio preferente a los más pobres (48);
- *el desconocimiento del mundo real* de los más necesitados (52);
- *la búsqueda del éxito* y del bienestar personal por encima de la evangelización (93);
- *la afición a predicar* qué debe hacerse, sin decidimos a hacerlo personalmente (96);
- *la tendencia a hacer grupos* y *capillitas* que dividen y separan (98);
- *la preocupación por la instrucción moral* por encima de la experiencia de Dios (165);

- *el exceso de clericalismo* y la marginación de los *laicos* en la vida de la Iglesia (102-103);
- *la adopción de una vida retirada e individualista* (262);
- *el refugio en la tradición* por la dificultad de evangelizar hoy y aquí (262);
- *el argumento del ‘siempre se ha hecho así’* y la resistencia al cambio (33);
- *el criterio del eclesiocentrismo*, que nos impide la conversión a una Iglesia de puertas abiertas y ‘en salida’ (20-24), etc.

12. LA TENTACIÓN DE LA ACIDIA (CANSANCIO, APATÍA, DESGANA)

Solemos sentirnos fatigados, desilusionados y con poco empuje para afrontar un futuro que ya está aquí. Corremos el riesgo de convertirnos en ‘momias de museo’, que siempre hacen ‘cara de cuaresma’ y que manifiestan problemas derivados más bien de una ‘psicología de tumba’ (cf. EG 6, 9, 83).

Necesitamos poner la confianza en el Dios que hace crecer la semilla que hemos plantado por encargo suyo; y, por encima de todo, no perdamos el sentido del humor, expresión de ‘la joya del Evangelio’.

II. CULTIVAR LAS ACTITUDES PARA RENOVAR EL IMPULSO MISIONERO

13. NECESARIO PUNTO DE PARTIDA

Debemos leer despacio el capítulo primero del *Evangelii Gaudium*, y hacerlo objeto de reflexión personal y comunitaria. Es una exigencia ineludible. Es el fundamento de los capítulos que siguen a continuación.

«Invito a todos los cristianos, en cualquier lugar y situación en que se encuentren, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso» (3).

14. EXPERIENCIA ESPIRITUAL EVANGÉLICA

Los mensajes que el papa Francisco nos transmite en el capítulo quinto serán de gran ayuda en la fase previa a la elaboración del *Plan Pastoral Diocesano*.

«La Iglesia necesita imperiosamente *el pulmón de la oración*», pero «corremos el riesgo de convertir los momentos de oración en excusa para no entregar nuestra vida a la misión». «Desde el punto de vista de la evangelización, las propuestas místicas no sirven si no van acompañadas de un fuerte compromiso social y misionero; y tampoco sirven los discursos y las acciones sociales o pastorales sin una espiritualidad que transforme el corazón» (262).

15. ENCUENTRO CON EL AMOR DE JESÚS

«La primera motivación para evangelizar es el amor con que Jesús nos ha amado; esta experiencia de haber sido salvados por Él es la que nos mueve a amarlo cada día más.

Sin embargo, ¿qué amor es este que no siente la necesidad de hablar del ser amado, de mostrarlo a los demás, de darlo a conocer a todo el mundo?» (264).

«Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús» (120). Esta es una condición indispensable.

16. EL GUSTO DE SER PUEBLO

Si nuestra Iglesia diocesana debe ser una Iglesia «en salida», «hacia fuera», también debe ser una Iglesia «*experta en humanidad*». Es necesario que el pueblo, y la gente del pueblo, sean una escuela de aprendizaje imprescindible para nosotros.

Francisco nos empuja a «estar con la gente». Esto significa compartir la vida con la gente tanto como podamos y, sobre todo, descubrir cómo son los hombres y las mujeres de hoy, qué hacen y por qué lo hacen; escuchar lo que ellos nos dicen, tanto con palabras como con el lenguaje no oral; dialogar en vez de imponer... (269).

17. CREER EN LA CRUZ Y LA RESURRECCIÓN

El Reino de Dios empieza como un grano de mostaza, y es Dios quien lo hace crecer; pero, si queremos que crezca, debe pasar por la Cruz.

De una concepción meramente *mesiánica* del cristianismo y de la pastoral, que pone la seguridad en los recursos humanos y materiales, las planificaciones y las luchas internas entre personas y grupos, debemos pasar a una concepción *crisológica* que se fundamente en el seguimiento radical de Cristo, por el camino de la Cruz y la Resurrección.

18. LA FUERZA MISIONERA DE LA INTERCESIÓN

La intercesión conlleva mirar a las personas y las cosas con los ojos de Cristo; es poner a Cristo entre la hermana y el hermano y yo, entre los problemas y yo.

¿Cómo debían ser aquellas noches en las que Jesús se retiraba para orar, sobre todo en los momentos decisivos de su 'plan pastoral', tales como la elección de los doce, la despedida final, o ante el horizonte de la Cruz?

La intercesión brota de la comunión; y crecer en comunión no implica uniformidad, sino conocimiento mutuo, aceptación y confianza, comunicación y conversación.

CONCLUSIÓN: GOCE Y FERVOR

19. EL EJEMPLO DEL PAPA FRANCISCO

Entre muchas más, dos palabras identifican el estilo espiritual y pastoral del papa Francisco: *goce* y *fervor*.

El GOCE, es decir, la alegría interior, no es un sentimiento superficial; es el test de una vida evangélica, la vida que Jesús nos propone cuando nos dice: «Os hablo así para que os alegréis conmigo y vuestra alegría sea completa» (Jn 15,11). El *goce del Evangelio* es una alegría «que nadie os podrá quitar» (Jn 16,22).

El FERVOR tiene que ver con el calor y el hervor. El fervor es el amor que se derrama, que se desborda generosamente.

te. Pablo escribe a los Filipenses: «Que aumente más y más vuestro amor, hasta rebosar». Según Francisco, el fervor es la fuente de la verdadera alegría.

«Nuestra *tristeza infinita* solo se cura con un *amor infinito*» (265).

20. UN PLAN PASTORAL DE HOY MIRANDO AL MAÑANA

Nuestro Plan Pastoral deberá nacer del gozo de haber encontrado y haber saboreado, una y otra vez, el Evangelio del Reino de Dios, que es la experiencia de un Dios que ama y salva. También deberá ser una invitación a todos los cristianos a crecer en este gozo que nace de un amor que se derrama, de modo que seamos sal y luz en nuestra sociedad.

Al comenzar la Exhortación *Evangelii Gaudium*, el papa Francisco nos ha dicho: «Exhorto a todos a aplicar con generosidad y valentía las orientaciones de este documento, sin prohibiciones ni miedos» (33).

Cuestionario

Propuestas para la reflexión y el diálogo

Este cuestionario es lo suficientemente amplio y detallado como para que cada grupo pueda responderlo en su integridad o en aquellos apartados que más le conciernen. Se recomienda responderlo en grupo. Este diálogo será ya en sí mismo un ejercicio de camino conjunto, de sinodalidad. Por otra parte, el conjunto de respuestas y sugerencias que se recojan seguro que aportarán un soplo de ideas, «mociones» y propuestas que podrán orientar el camino de la Iglesia en Barcelona los próximos años. Así, el nuevo Plan Pastoral Diocesano podrá motivar un tramo de este camino.

1. Partimos de lo que ya hacemos

Según los números 7 y 9 de la síntesis:

- ¿Qué experiencia tenemos, personal y comunitariamente, de poner en práctica las obras de misericordia, tanto las corporales como las espirituales?
- ¿Qué dificultades experimentamos?
- ¿Qué resultados, aunque sean parciales o provisionales, obtenemos?
- ¿Qué es lo que más nos falta?: ¿gente? ¿ganas? ¿ideas? ¿comunión? ¿formas concretas de realizarlo? ¿recursos económicos? ¿revisión autocrítica?

2. Activamos el análisis y la escucha de los signos de los tiempos

a) Según el número 9 de la síntesis:

- ¿Cuáles son los mensajes de la cultura dominante actualmente en el mundo y cómo nos condicionan también a nosotros, los cristianos?

b) Según el número 8 de la síntesis:

- ¿Cuáles son los pobres actuales entre nosotros? ¿Qué tipos de pobreza reclaman nuestra atención?

c) Según los números 1 y 16 de la síntesis:

- ¿Qué necesidades, expectativas y demandas (materiales, morales y espirituales) manifiestan las personas con las que convivimos en el trabajo, en el barrio, pueblo o ciudad? ¿Y en los distintos tipos de grupos en los que participamos?

3. Reconocemos mociones interiores

a) Según los números 11 y 12 de la síntesis:

- ¿Qué condicionamientos pesan más en nuestra vida personal y comunitaria? ¿Cómo nos afectan?

b) Según los números 1, 2, 3, 5, 9, 10, 11, 12 y 16 de la síntesis:

- ¿A qué conversión mental y a qué cambio de actitudes nos sentimos llamados a consecuencia de la reflexión realizada?

4. Vamos a valorar nuestras motivaciones más profundas

Teniendo en cuenta la invitación del papa Francisco a renovar nuestra adhesión personal a Jesucristo (EG 3) y la necesidad de mostrarla a los demás (EG 120 y 264):

a) Según los números 13 y 15 de la síntesis:

- ¿Qué calidad tiene la adhesión personal a Jesucristo y a la acción evangelizadora de los miembros de nuestro grupo o comunidad? ¿Débil, intermitente, intensa?

b) Según el número 18 de la síntesis, , y conscientes de que el hecho de formar parte de algún tipo de comunidad es inherente a la vivencia de la fe cristiana (EG 49):

- ¿Cómo valoramos la calidad de vínculo comunitario existente en el grupo del que formamos parte (parroquia, comunidad religiosa, asociación, movimiento, institución educativa o pastoral)? ¿Débil, intermitente, intensa?

c) Según los números 2 («Ir a lo esencial»), 6, 13, 15 y 17 de la síntesis:

- ¿Qué llamadas escuchamos para intensificar la calidad de nuestra adhesión personal a Jesucristo? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Con qué ayudas?
- ¿Qué llamadas escuchamos para reforzar nuestro vínculo comunitario? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Potenciando qué?
- ¿Qué llamadas escuchamos para hacer más audaz y decidida nuestra acción evangelizadora? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Con qué mediaciones?

5. Imaginemos propuestas concretas

El papa Francisco acostumbra a usar expresiones muy significativas: «Iglesia en salida» (EG 20), «primerear» (EG 24), «Iglesia hospital de campaña», «Iglesia en estado permanente de misión» (EG 25), etc.

- ¿Qué acciones concretas nos sugieren estas expresiones?
 - a) ¿A nivel del grupo del que forman parte (parroquia, comunidad religiosa, asociación, movimiento, institución educativa o pastoral)?
 - b) ¿A nivel de arciprestazgo?
 - c) ¿A nivel de archidiócesis?
 - d) ¿En aquellos ámbitos donde se forja la cultura y la mentalidad social actual: redes sociales, medios de comunicación social, ambientes juveniles, centros de debate cultural, iniciativas de emprendimiento, iniciativas en el ámbito de la mujer, trabajo social, asociacionismo en general...
 - e) ¿En las instancias que determinan más las condiciones de vida y trabajo de las personas: compromiso político y sindical, nuevas formas de participación ciudadana y de solidaridad...

(Dejemos volar la imaginación y provoquemos una «lluvia de ideas». No se trata de llevar a la práctica estas acciones de forma inmediata, sino de pensar en posibilidades a tener en cuenta en la elaboración del futuro Plan Pastoral Diocesano).

El resultado de las reflexiones tiene que enviarse a los respectivos responsables de cada organismo diocesano: **Consejo Presbiteral, Consejo Pastoral Diocesano, Arcipresbiteres** —los cuales recogerán las aportaciones de los consejos parroquiales con todos los organismos que incluyen— y **Delegados Diocesanos** —los cuales recogerán las aportaciones de las comunidades de Vida Consagrada, las asociaciones, movimientos y entidades de su ámbito pastoral. Estos organismos diocesanos lo enviarán a la Secretaría General del Arzobispado de Barcelona y a la Comisión de seguimiento de preparación del Plan Pastoral antes del 30 de abril de 2017: *secgral@arqbcn.cat*